

Globethics Repository



Violencia y desesperanza [Violence and hopelessness]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Briceño León, Roberto
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-12 12:06:15
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219193

Violencia y desesperanza

La otra crisis social de América Latina

ROBERTO BRICEÑO-LEÓN

La violencia que hoy muestra América Latina es cuantitativamente distinta a la que podía encontrarse en décadas anteriores, y, de alguna manera, muestra una situación social diferente, de cambios ocurridos en la sociedad que nos señalan otro rostro de la crisis que vive la región. A la caída de los indicadores socioeconómicos se suma una crisis irresuelta de expectativas en los sectores urbanos pobres, que protagonizan, en especial los varones jóvenes, un círculo vicioso de víctimas y victimarios.

Las encuestas de opinión que se aplican en diversos países de América Latina señalan la inseguridad como un tema de gran preocupación para la mayor parte de la población. Tanto pobres como ricos, habitantes de ciudades tradicionalmente seguras o muy peligrosas, expresan por igual el mismo sentimiento, la misma angustia y la colocan como una prioridad que debe ser atendida con urgencia en sus demandas a los gobiernos locales y nacionales¹. Pero esta inseguridad no deriva de un temor a la violencia política, ésta ciertamente existe en algunos países; en la mayoría de los casos el temor es a otra violencia, a la común, a la delincuencial, que callada, anónima y cotidianamente, afecta a la vida urbana. ¿Qué ha pasado en este tiempo para que el tema se convierta en algo tan importante para los ciudadanos?

ROBERTO BRICEÑO-LEÓN: profesor titular de la Universidad Central de Venezuela; director del Laboratorio de Ciencias Sociales-Lacso, Caracas; miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología y Secretario Mundial del International Forum for Social Sciences and Health; ha sido consultor internacional en diversos países de América Latina, Asia y África, y profesor invitado del Latin American Center de la Universidad de Oxford y de la Universidad Autónoma de México.

Nota: Este artículo se basa en investigaciones que fueron financiadas por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicit) y por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CDCH) de la Universidad Central de Venezuela.

1. OPS: *Violencia en las Américas: la pandemia social del siglo xx*, OPS, Washington, 1996.

Palabras clave: crisis social, urbanización, violencia, América Latina.	
--	--

La violencia de los 90

Durante varias décadas la tasa de homicidios de Venezuela había oscilado entre 8 y 12 muertes por cada 100.000 habitantes, tasa muy similar a la que había mostrado Estados Unidos durante el mismo periodo. Sin embargo, en 1989 los homicidios aumentaron de manera notable, y en un primer momento uno puede relacionar estas cifras con el Caracazo, como un efecto de ese año especial para Venezuela, pero no es así pues la tendencia se mantuvo en años posteriores, hasta duplicarse y superar los 20 homicidios por 100.000 habitantes en 1992². El estado de Río de Janeiro mostraba una tasa cercana a los 30 homicidios por 100.000 habitantes a comienzos de los años 80. Esta cifra sufrió apenas un leve incremento hasta 1988, cuando se produjo un ascenso importante de las muertes violentas, que elevó la tasa hasta 73 por cada 100.000 en 1991³. En el Distrito Federal de México y durante varias décadas, los homicidios representaban poco más del 1% del total de muertes ocurridas en la ciudad (1,4% en 1961, 1% en 1971, 1,7% en 1981), pero en 1991 ascendieron a 2,8% y en 1995 alcanzaron al 3,3% del total de muertes⁴. La estadística de Perú señala que en 1985 se registraron 350 homicidios a nivel nacional, pero para 1990 hubo 1.289⁵.

Esta situación se repite y el incremento se produce en países tradicionalmente seguros, como Uruguay o Argentina, o tradicionalmente violentos como Colombia, con conflictos armados y violencia terrorista, o en otros de larga estabilidad política. En Uruguay, que por décadas tuvo una tasa de homicidios de alrededor de tres muertes por cada 100.000 habitantes, tres veces inferior a la de EEUU, se estima que se ha duplicado a fines de los años 90, y, pese a que sigue siendo notablemente baja en comparación con otros países, es causa de alarma para la población y el Gobierno. En Colombia, que tiene una historia de violencia y cuya tasa de homicidios más baja en los últimos 25 años se registró en 1975 (24 por 100.000), también se vivió un incremento notable de las muertes violentas a partir de 1984 hasta alcanzar la cifra tope de 81 homicidios por cada 100.000 habitantes en 1991⁶.

2. R. Briceño-León, A. Camardiel, O. Avila, E. de Armas y V. Zubillaga: «La cultura emergente de la violencia en Venezuela» en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 3/2-3, Caracas, 4-9/1997, pp. 195-214.

3. M. Carneiro: «Magnitude, custos econômicos e políticos de controle da violência», BID-ISER, Río de Janeiro, 1997.

4. S. Lozano: *La violencia en ciudad de México: análisis de la magnitud y su repercusión económica*, Fundación Mexicana para la Salud, Centro de Economía y Salud, México, 1997.

5. Instituto Apoyo: *La violencia en el Perú: dimensionamiento y políticas de control*, Informe preliminar, Red de Centros de Investigación del BID, 1997.

6. S. Franco: *El quinto: No matar. Contextos explicativos de la violencia en Colombia*, Tercer Mundo, Bogotá, 1999; M. Rubio: *Violencia en Colombia: dimensionamiento y políticas de control*, Informe preliminar, Red de Centros de Investigación del BID, Santafé de Bogotá, 1997; A. Guzmán, A. y J. Escobar: *La violencia en Colombia: dimensiones y políticas de prevención y control*, Centro de Investigación en Salud y Violencia, Universidad del Valle, 1997.

Estamos pues frente a un fenómeno singular que se produce a partir de mediados de los años 80 y que llevó a aumentar de manera significativa la violencia en América Latina. El temor de la población, si bien puede ser exagerado en algunos casos⁷, tiene un sustento evidente. ¿Qué fue lo que pasó?

La crisis de los 80 y la otra crisis social

La primera explicación que viene a la mente es que la violencia es un producto de la década perdida. Una consecuencia social más de la crisis económica que afectó a la región y que significó un fuerte retroceso en las condiciones económicas de los países y trajo consigo un aumento de la pobreza y la desigualdad social. El empobrecimiento acaecido durante este periodo sin lugar a dudas debe haber tenido un impacto en el incremento de la violencia. Según información calculada por la Cepal, el 35% de los hogares de la región estaban bajo la línea de la pobreza en 1980, y 10 años después habían aumentado al 41%. Este incremento fue mayor en los hogares urbanos, donde el porcentaje bajo la línea de la pobreza pasó del 25% en 1980 al 36% en 1990⁸. En ese mismo periodo en algunos países como Argentina, México o Venezuela, el ingreso promedio de los asalariados disminuyó, mientras el de los empleadores se incrementó, aumentando la desigualdad entre unos y otros. En países como Brasil, Costa Rica, Honduras y Uruguay, tanto empleadores como asalariados disminuyeron su ingreso promedio, aumentando o conservando la desigualdad que ya tenían.

Sin embargo, nos parece que no se puede restringir la explicación del incremento de violencia a la situación de empobrecimiento de la población. Consideramos que hay otros factores de igual importancia que no han sido suficientemente estudiados ni considerados, y que constituyen en su conjunto lo que podemos denominar la otra crisis social de América Latina. En esencia estos factores remiten a las transformaciones de la sociedad urbana y al quiebre de las expectativas de la población que nació en la ciudad y que afecta de manera especial a la segunda o tercera generación de los inmigrantes urbanos. De algún modo esta crisis social es el efecto perverso⁹, indeseado, que produjo la aplicación de las teorías de la modernización y lo que a partir de ésta se esperaba que ocurriera en América Latina. Estas teorías sostenían que el proceso de urbanización transformaría la sociedad al concentrar la población y dar oportunidades de empleo asalariado e industrial, y que este hecho conllevaría cambios importantes en los individuos, pues se produciría una revolución de las expectativas que acabaría con el conformismo, y le daría a esos individuos, al «hombre moderno»¹⁰, una fuerza creadora y dinamizadora del empleo y la economía, pues lo motivaría a alcanzar logros

7. J.C. Navarro y R. Pérez Perdomo: *Seguridad personal, un asalto al tema*, IESA, Caracas, 1991.

8. Cepal: *Panorama social*, Santiago de Chile, 1998.

9. R. Boudon: *Effets pervers et ordre social*, Pres Universitaires de France, París, 1977.

10. A. Inkeles: *Exploring Individual Modernity*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.

(*achievements*) con los cuales pudiera satisfacer los nuevos deseos que la sociedad le había creado¹¹. Si bien durante el periodo de mayor auge de las teorías de la modernización se produjeron críticas importantes, éstas se hallaban más referidas al contenido ideológico de la propuesta que a la previsión de las consecuencias sociales perversas que de allí pudieran ocasionarse¹². La modernización ocurrió efectivamente en América Latina. El proceso de urbanización, que producía lo que en esos años se llamó el éxodo rural-urbano, se aceleró y para mediados de los años 80 había una mayoría de población urbana en casi todos los países, y un grupo importante de ellos tenía más del 70% de sus habitantes viviendo en ciudades. El trabajo se hizo asalariado y las antiguas formas semif feudales de producción quedaron reducidas a grupos minoritarios de la población rural. Las expectativas de una vida urbana mejor y moderna se incrementaron. Fue un momento de optimismo, algunos llegaron a anunciar que con el capitalismo o la revolución se estaría cerca del desarrollo.

Pero la modernización fue parcial e incompleta, pues la industrialización no acompañó a la urbanización, el empleo se hizo escaso y se crearon nuevos espacios urbanos que marcaron la aparición de lo que se llamó la «marginalidad urbana», expresada en los asentamientos urbanos no planificados y sin propiedad de la tierra, pero también en la precaria inserción en la economía industrial y capitalista. Sin embargo, en un primer momento y durante muchos años esta población pudo sobrellevar las penurias que podía ocasionarle su nuevo lugar de vida, ya que por un lado mantenía una buena parte de las instituciones tradicionales de control que garantizaban el funcionamiento social, y por el otro, la situación material de la vivienda y el medio urbano era de lenta pero permanente mejoría. Lo que sucede posteriormente es que estas condiciones se alteran, pues las instituciones sociales, en particular la familia, la escuela y la religión dejan de tener peso en la regulación de la vida cotidiana; la situación material de la vivienda y el hábitat se hace más compleja, pues no se observa mejoría, sino incremento de los problemas por un aumento en la densidad de las zonas pobres y por una disminución de la acción del Estado y, finalmente, como consecuencia de todo lo anterior, las expectativas de una vida mejor ya no se satisfacen. Esto es lo que consideramos constituye el origen de la otra crisis social de América Latina, que afecta a la segunda o tercera generación de los inmigrantes llegados a las grandes ciudades provenientes del campo o ciudades más pequeñas.

La crisis del control social tradicional

La teoría que por mucho tiempo se sostuvo, tanto en alguna sociología como en las políticas públicas, era que los inmigrantes sufrían un importante desarraigo al llegar a la ciudad, perdían sus valores tradicionales y sus contro-

11. D. McClelland: *The Achieving Society*, D. Van Nostrand, Princeton, 1961.

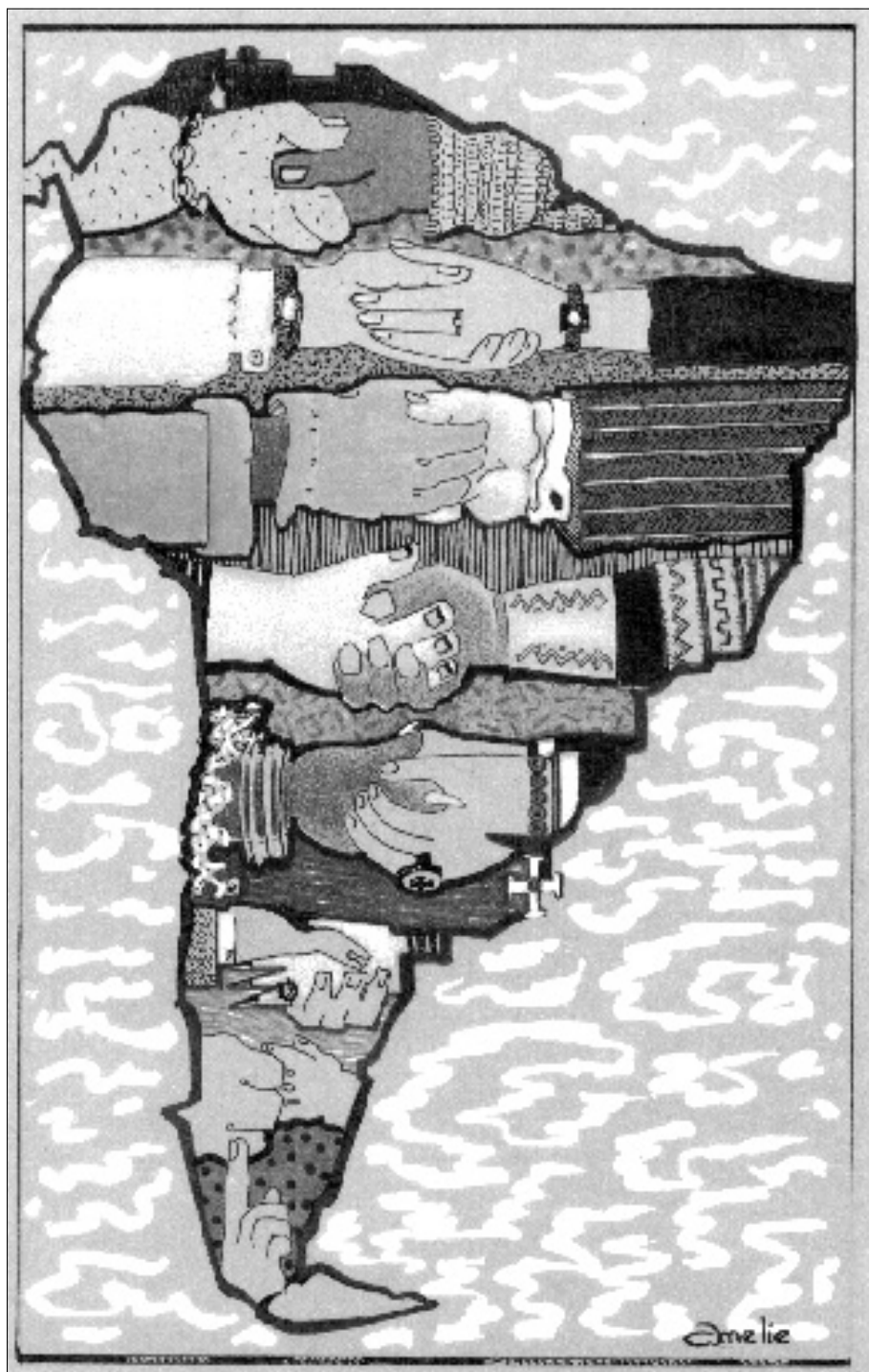
12. J. Alexander: «Modernization Theory after the Transition» en *Zeitschrift für Soziologie* 23/3, 1994.

ladores sociales, y, por lo tanto, eran muy proclives a la desorganización y la delincuencia. La experiencia de América Latina demuestra que esto no funciona así. Los inmigrantes, la primera generación, trae consigo sus valores y sus mecanismos de control social internalizados y los mantiene, pues, de algún modo, las instituciones perseveran con ellos mismos. Sin embargo, en las siguientes generaciones la situación cambia, pues no logran reproducirse ni las instituciones ni los valores, tanto por los cambios en las condiciones objetivas como por el poco esfuerzo que los mismos individuos hacen para reforzar esos rasgos culturales y organizacionales.

La familia es quizá la institución más importante que se transforma con la ciudad. Los cambios de la familia ampliada a la familia nuclear que se dan en la vida urbana, se ven luego seguidos por la aparición creciente de una familia monoparental, donde por lo regular la madre es el único sustento del hogar, tanto económico como normativo. La socialización que regularmente ofrece la familia se ha hecho más corta y limitada; aun en las familias donde el padre y la madre se encuentran presentes, los niños quedan mucho tiempo solos pues ambos deben salir a trabajar, y las abuelas cumplen un papel mucho más reducido, bien sea porque no lo desean o porque las distancias urbanas y la lejanía de unos u otros nietos lo dificultan o impiden. El control de los jóvenes por parte de los padres, que siempre resulta muy difícil con los adolescentes, se ve impedido por estas circunstancias, y los factores de socialización son los medios de comunicación de masas y los grupos de pares, con los cuales pueden permanecer más tiempo fuera del hogar.

La escuela debiera ser la continuación de la familia en el proceso de socialización, sin embargo, y dadas las limitaciones de las familias, en muchos casos se convierte en su sustituto. Pero también cumple cada vez menos su papel socializador. La escuela se ha convertido en un lugar tecnificado donde con buena suerte los niños adquieren destrezas en matemáticas o lenguaje, pero la función moral del maestro es escasa, porque el docente no tiene tiempo, o porque ha abandonado sus tareas de fondo por decisión propia, o porque se ha cansado de luchar con las familias y la burocracia. Hay una tensión entre la escuela y la familia que no logra resolverse fácilmente, pues la escuela puede y debe ser fuente de cambio social e innovación en las familias, pero ante la resistencia familiar buena parte de la respuesta de los docentes ha sido abandonar la refriega y claudicar en los propósitos, cuando éstos existieron. Por otro lado hay una importante porción de jóvenes varones que deserta del sistema escolar y que tampoco encuentra empleo, y su destino inmediato es quedar aislado de las instituciones; a diferencia de la situación en el campo, no puede incorporarse a un trabajo productivo, y a diferencia de las mujeres, tampoco puede ocuparse de las tareas del hogar. Por una u otra razón la escuela se ha quedado entonces en su nivel instruccional y no cumple su labor de controlador social importante.

La religión católica que reúne en su fe a la mayoría de los latinoamericanos también ha perdido su fuerza directiva sobre las personas. La religión ha



sido tradicionalmente la fuerza normativa más importante en las sociedades, bien sea como ideología en el sentido marxista, o como factor de cohesión cultural. Este rol se ha visto disminuido en América Latina por el proceso de secularización que ha vivido la sociedad y que ha convertido la religión en un asunto de ritos de pasaje (nacimientos, matrimonios y muerte), pero con muy poca influencia en el resto de la vida cotidiana. En ese sentido se observa un contraste entre esta mengua del poder de control social entre los católicos, con la gran influencia que tienen los grupos minoritarios protestantes sobre la vida de las personas y sus familias, regulando no solo las ideas y asuntos escatológicos sino también los hábitos mundanos. Este fenómeno, si bien se generaliza a toda la sociedad urbana, afecta predominantemente a los jóvenes, para quienes la religión significa cada vez menos y cuyas decisiones sobre comportamiento moral no tienen como referente paradigmático a la religión.

La pérdida de los satisfactores urbanos

Si bien el proceso de urbanización era un macroindicador importante de la modernización de la sociedad, a un nivel micro de la vida urbana significaba para las personas un sinónimo de mejoría de la calidad de vida. Incluso en las condiciones de pobreza más grandes, la vida en la ciudad era la posibilidad de un mercado de trabajo mayor, de la escuela para la educación de los hijos y de un hospital donde acudir en caso de emergencia. También lo era de una vivienda que se mejoraba con el tiempo. En algunos países como Venezuela ese proceso de mejorar la casa era muy rápido, en otros como Perú mucho más lento, pero en todos existía una sensación de mejoría permanente.

La vida urbana significaba una mayor libertad y hacía cierta la antigua expresión medieval de *Stadt luft mach frei*: la ciudad os hace libres. A partir de la década de los 80 dos fenómenos singulares deterioran este sentimiento: por un lado hay un incremento de la población que habita en las zonas de viviendas de los pobres –barrios, favelas, pueblos jóvenes–, no solo de manera extensiva, sino también intensiva, es decir que se produce un aumento importante de la densidad de población en los barrios pobres, inclusive en unos extremos difíciles de imaginar. En Caracas, por ejemplo, el barrio Los Erasos, una zona de casas de obreros construidas en los intersticios que dejó la propiedad privada en una urbanización de clase media alta, tiene una densidad poblacional superior al complejo de edificios (de cerca de 50 pisos, el Parque Central) más alto de la ciudad. Este incremento de la densidad crea problemas con los servicios urbanos, pero también con los modos de convivencia de la población.

Adicionalmente a este aumento de la población hay una reducción de la intervención del Estado en las zonas de bajos ingresos. Los servicios urbanos no se pueden seguir instalando al mismo ritmo de los años 50 y 60, y no pueden mantenerse la misma calidad o hay que pagarlos, lo cual los hace de acceso restringido. De muy diversas maneras el Estado había apuntalado la

construcción de viviendas en las zonas pobres de las ciudades, bien sea por clientelismo o por una creencia en la necesidad de aumentar la oferta de mano de obra en las zonas de crecimiento urbano. Esto se hizo siempre de manera dual y, a veces, esquizoide, negando por una parte su legitimidad, su derecho a estar en la ciudad, pero al mismo tiempo proveyendo servicios y consolidándolos calladamente. Durante los años 80 se dio una aceptación mayor de los barrios pobres en las ciudades latinoamericanas, pero sin el apoyo que venía dándosele. Ambos procesos tuvieron como resultado el incremento de la densidad y la disminución de la provisión de servicios, que generó el deterioro urbano en las zonas pobres y que redujo la satisfacción que la vida urbana ofrecía al comienzo del proceso de ocupación.

La revolución de las expectativas insatisfechas

Para la primera o segunda generación urbana, la ciudad en sí misma representaba una importante satisfacción de las expectativas creadas al emigrar. La vida urbana constituía un conjunto de ventajas antes ausentes: el agua cercana, la electricidad, y con ella el refrigerador para conservar los alimentos y un televisor para la diversión. Pero también los servicios sociales, ya mencionados: la escuela para los niños y un hospital para las emergencias. Todo esto fue motivo de gran satisfacción para muchos pobladores urbanos pobres, así nos lo dijeron repetidamente en las entrevistas que hicimos hace 20 o 30 años, y por eso siguieron viniendo sus familiares. Pero estos hechos no representan lo mismo para sus hijos o sus nietos.

Consecuentemente una revolución de las expectativas ocurrió en América Latina. La gente se dispuso a tener una vida mejor, y muchos de esas primeras generaciones vieron cubiertas sus esperanzas. Pero cuando sus hijos nacieron en la ciudad, el agua y la electricidad ya estaban allí, la escuela y el hospital también, y para la próxima generación no había ninguna novedad ni tampoco una diferencia con algo anterior. Ninguno de los bienes o servicios que ilusionaron y gratificaron a una generación, han sido capaces de conmover a la siguiente. La generación joven ha querido más, es decir, mayor confort en la vida urbana, mayor consumo de objetos y bienes y menor esfuerzo para lograrlos. Ese es el mensaje que ha dominado en la revolución de las expectativas, y los jóvenes lo han comprado, pero no han tenido cómo comprar el consumo prometido.

Por eso el gran drama que afecta a los jóvenes pobres –y no tan pobres– es el que crea la desesperanza que conlleva la insatisfacción de sus expectativas. Sus posibilidades de estudio se encuentran restringidas, y si estudian, las posibilidades de mejorar socialmente son también dudosas. La educación no es garantía de ascenso social. Se hace un gran esfuerzo por aumentar las ansias de un consumo que no se puede satisfacer, y de un ascenso social que no puede garantizarse, y con esto lo que se ha logrado es una carga de desesperanza y frustración que pesa sobre los jóvenes. Por eso uno entiende que maten a otro por unos zapatos de marca.

Riesgo e individualismo

En una encuesta en la cual participamos hace un par de años¹³, le preguntábamos a los entrevistados qué pensaba acerca de su futuro cercano, de cómo imaginaba que iría a ser su vida después de cinco años, si cada uno de ellos o ellas iba a estar igual, mejor o peor. El 40% de los habitantes de Caracas dijo que su situación iba a estar peor. Ese porcentaje fue del 44% en Bahía, 55% en Cali, 56% en San Salvador y 62% en San José de Costa Rica. Esta sensación de desesperanza, que afecta a un porcentaje importante de las poblaciones urbanas, es el producto del quiebre en las expectativas. Y cuando se observan los datos en detalle se ve con sorpresa esta convicción de los jóvenes pese a tener la vida por delante. No se trata de fatalismo, pues de alguna manera la idea del destino como modelador del futuro ha perdido su vigencia entre las poblaciones urbanas. Se trata de una desesperanza que surge en el encuentro de las expectativas y de las posibilidades de alcanzarlas. Los caminos que la sociedad proporciona para el ascenso social simplemente no sirven. Cómo puede un joven trabajador, con un salario mensual de alrededor de 100 dólares, pensar que podrá mejorar su vida, o sencillamente adquirir los bienes de consumo que aspira: unas ropas de marca, una vivienda modesta o educar a sus hijos. Pero tampoco tiene esperanza que después de varios años le paguen mejor, pues su vecino gana lo mismo pasados 10 años de trabajo.

En esas condiciones, gran parte de la población no puede considerar como válidos los medios prescritos por la sociedad para el ascenso social, ya que según cualquier cálculo racional no le permiten alcanzar los fines propuestos y por lo tanto no tienen ningún valor práctico. Aparece entonces la posibilidad, la tentación, de usar los medios proscritos y de recurrir a la violencia como un componente esencial de esa estrategia. Un afamado narcotraficante de Colombia declaró en una oportunidad que para ser respetado en ese país se requería ser rico o violento. Nada personal, diría el actor de cualquier película de mafiosos; es un asunto de negocios. Y esto se presenta así para un amplio sector de la población joven, con menos dramatismo pero con similares consecuencias. La ausencia de esperanzas colectivas contribuyó también a este fomento del individualismo. Por muchos años el futuro de América Latina se alimentó de los sueños de una revolución, o de una mejoría social colectiva o del desarrollo del país. Se decían de modos distintos, pero en el fondo representaban el mismo sueño de cambio social y de vida mejor. Sin embargo entre la crisis del marxismo y la caída del muro de Berlín esta ilusión se perdió como fuerza motivadora personal, y lo que quedó fue un indi-

13. Los datos provienen del proyecto multicéntrico Activa, auspiciado por la Organización Panamericana de la Salud, sobre «Normas y actitudes hacia la violencia en ciudades de América Latina» cuyos respectivos responsables fueron Ceci Vilar y Eduardo Paes Machado (Universidad de Bahía); Luis Fernando Vélez (Universidad del Valle, Cali); José Miguel Cruz (Universidad Centroamericana, San Salvador); Marco Vinicio Fournier (Universidad de Costa Rica, San José); y Roberto Briceño-L. (Laboratorio de Ciencias Sociales y Universidad Central de Venezuela, Caracas).

vidualismo particular que al no poder transformarse en actos enmarcados en el mundo de lo prescrito, se convierte en un impulso a la conducta de transgresión sistemática de la norma social y a la producción de los hombres violentos.

La violencia constituye en el ámbito individual un modo de asumir el riesgo al que las sociedades capitalistas y modernas obligan a las personas. Los individuos ya no están más determinados ni predestinados, el riesgo es constitutivo de la acción humana que forja un destino¹⁴, y la violencia un medio para lograr lo que se ha prometido y que cuando no se compra se arrebatata. La violencia implica peligro, para quien la sufre y quien la emplea, pero el peligro no es necesariamente constitutivo del riesgo, éste es mucho más que el peligro, pues en el caso de la violencia es la expresión del individualismo legítimo en el contexto de lo proscrito.

La violencia y la otra crisis

La violencia que surge desde hace 10 o 15 años en América Latina es apenas un síntoma de este proceso social, una expresión de esa otra crisis que se presenta como resultado de los cambios sociales ocurridos en la región de manera paralela a la crisis económica de los 80. La violencia es la otra cara de la desesperanza. O, a lo mejor, es la misma desesperanza vivida de un modo activo –y algunas veces– suicida por muchos jóvenes. No hay modo de pensar en salidas a esta situación de violencia sin superar la desesperanza, y a ésta sin los cambios sociales requeridos. El proceso de deterioro social ha afectado con dureza a los jóvenes, hombres y pobres. Ellos son quienes viven este nuevo drama con mayor fuerza, quienes padecen más la desesperanza y quienes son tanto víctimas como victimarios. Son igualmente los mismos quienes llenan las cárceles del continente.

Como en tantas otras paradojas, las salidas reales están fuera de los mayores componentes involucrados. La salida a esta crisis debe involucrar a todos los actores de este proceso para que pueda hacerse realidad. Habrá algún atisbo de cambio si participan las mujeres, quienes con su sentido de cautela ante los peligros y de tolerancia puedan hacer más llevaderos los conflictos. Debe incluirse a los de mayor edad y, sobre todo, a los más jóvenes, para poder cortar el ciclo de reproducción de la violencia. Y debe, además, incorporarse a los no-pobres, quienes habrán de entender que este conflicto no es exclusivamente de pobres y delincuentes, y que no es verdad como piensan muchos «que es mejor así y que se maten entre ellos», sino que tarde o temprano toda la sociedad se verá afectada. En la región podrá darse alguna recuperación económica, pero si no se logra rescatar o sustituir eficientemente las instituciones de control social, dar muestras eficientes de mejoría urbana y restaurar la confianza en alcanzar las expectativas, no evolucionará la sociedad. Se compondrán los indicadores macroeconómicos, como ya pueden

14. N. Luhmann: *Risk: A Sociological Theory*, Gruyter, Berlín, 1993.

mostrarlo algunos países, pero no disminuirán la desesperanza ni la violencia. Quizá y al contrario, en el futuro aumenten.

Bibliografía no citada

- Arendt, H.: *On Violence*, Harcourt Brace & Company, Nueva York, 1970.
- Bandura, A.: *Aggression. A Social Learning Analysis*, Prentice-Hall, Nueva Jersey, 1973.
- Bobadilla, J.L., V. Cárdenas, B. Couttolenc, R. Guerrero y M.A. Remenyi: *Medición de los costos de la violencia*, resultados del taller organizado por la OPS y el BID, 11-13/12/1995.
- Bolívar, T. et al.: *Densificación y vivienda de los barrios caraqueños*, Consejo Nacional de la Vivienda, Monte Avila-Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1994.
- Briceño-León, R.: *Contabilidad de la muerte. 27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles*, Ateneo de Caracas, Caracas, 1990a.
- Briceño-León, R.: *San Bernardino: la pluralidad urbana, San Bernardino: una urbanización al pie del Avila*, Fundarte, Caracas, 1990b.
- Briceño-León, R.: «Las expectativas de futuro y la crisis» en *Espacio Abierto* 1/1, 7-12/1991, pp. 5-18.
- Briceño-León, R.: «Ética de la riqueza en Venezuela» en *Espacio Abierto* 5/3, 1996, pp. 399-422.
- Briceño-León, R.: «Buscando explicaciones a la violencia» en *Espacio Abierto* 6/1, 1-4/1997, pp. 45-69.
- Briceño-León, R., A. Camardiel, O. Avila y E. de Armas: «¿Quiénes son las víctimas? Violencia no fatal en Caracas» en *Tribuna del Investigador* 5/1, UCV, Caracas, 1998.
- Camacho, A. y A. Guzmán: «Política y violencia en la coyuntura colombiana actual» en A. Camacho (comp.): *La Colombia hoy*, Universidad del Valle, Cali, 1990.
- Cepal: *Panorama social*, Santiago de Chile, 1995.
- Cisneros, A. y V. Zubillaga: «La violencia desde la perspectiva de la víctima: la construcción social del miedo» en *Espacio Abierto* 6/1, 1-4/1997, pp. 71-97.
- Del Olmo, R.: «Violencia policial en las calles de Caracas, segunda ruptura criminológica», UCV, Caracas, 1990.
- Durkheim, E.: *Les règles de méthode sociologique*, PUF, París, 1978.
- Ferraro, K.F.: *Fear of Crime. Interpreting Victimization Risk*, State University of New York, Nueva York, 1995.
- Guerrero, R.: «Epidemiología de la violencia: el caso Cali, Colombia» en BID (ed.): *Hacia un enfoque integrado del desarrollo: ética, violencia y seguridad ciudadana*, BID, Washington, 1996a.
- Guerrero, R.: «La experiencia colombiana» en OPS: *Sociedad, violencia y salud*, BID, Washington, 1996b.
- Hurtado, S.: «Matrisocialidad y la problemática estructural de la familia venezolana» en *Economía y Ciencias Sociales* 1, 1995, pp. 147-169.
- IESA-Lacso: *La violencia en Venezuela: dimensionamiento y políticas de control*, Informe presentado al BID, 1997.
- Jefferson, T.: «Introduction: Masculinities, Social Relations and Crime» en *British Journal of Criminology* 36/3, 1996.
- Márquez, G.: *Venezuela: Poverty and Social Policies in the 80s, Coping with Austerity, Poverty and Inequality in Latin America*. The Brookings Institution, Washington, 1995.
- Nisbett y Cohen: *Culture of Honor, The Psychology of Violence in the South*, Westview Press, Oxford, 1997.
- Sanjuan, A.M.: «La criminalidad en Caracas: percepciones y realidades» en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 3/2-3, 4-9/1997, Caracas, pp. 215-254.
- Santos, T.: *Violencia criminal y violencia policial en Venezuela, signos de una frustrada modernización*, Instituto de Criminología, Universidad del Zulia, Maracaibo, 1992.
- Spierenburg, P.: *Masculinity, Violence and Honor. Men and Violence*, The Ohio State University, 1998.